

SAN JUAN CRISOSTOMO

CARTAS A TEODORO

Traducción de Florentino Ogara

Serie
Los Santos Padres
N.º 29

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2265-1991

I.S.B.N.: 84-7770-231

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

CARTAS A TEODORO ¹

Hacia el año 369 (*Migne, P.G., t. XLVII, col. 88 y col. 276, 275* y 276* bis*), escribió San Juan Crisóstomo estas dos cartas, o más bien apremiantes exhortaciones, a su amigo Teodoro, que habiéndose dedicado por su consejo a los ejercicios de una vida retirada y piadosa, no permaneció constante en sus propósitos, y llevado del amor de una joven, por nombre Hermiona, aflojó la rienda a los caprichos de la juventud.

San Juan Crisóstomo le exhorta y anima a hacer penitencia y dedicarse como antes a la vista de retiro.

Y no contento con la primera carta, en que parece agotar todos los recursos del celo para volverle a la vida primera, le escribió, según se colige de sus mismas palabras, varias otras, y la que aquí va con el título de segunda, en que insiste en las mismas ideas, y deja sospechar contraer matrimonio con ella, de lo cual le disuade con terrible energía. Por conjeturas poco fundadas, sospecha Tillemont que son dos Teodoros distintos el de la primera y el de la segunda carta. Migne le refuta victoriosamente (*P.G., t. XLVII, col. 88, 89 y 273, 274, 275, 276*).

El resultado de las cartas fue la conversión de Teodoro, que juntamente con Máximo y Basilio, amigos de San Juan Crisóstomo, volvió a hacer con ellos una vida de recogimiento y perfección, semejante a la monástica ², consagrada al estudio de la Sagrada Escritura y de los ejercicios piadosos, bajo la dirección de Diodoro, que después fue Obispo de Tarso, en Cilicia, y de Carterio, que juntamente con Diodoro tenía el cuidado de los monasterios de Antioquía. Teodoro, que muchas veces es llamado el Antioqueno, llegó a ser Obispo de Mopsuestia, y por esta razón es también conocido con el nombre de el Mopsuesteno.

Como aquí sólo indirectamente hablamos de Teodoro en cuanto se relaciona con las cartas de San Juan Crisóstomo, no nos toca decir nada ni de su vida, ni de sus ideas y carácter, como intérprete de la Sagrada Escritura.

V., Theodor von Mopsuestia und Junilius Africanus als Eregeten. Von Dr. Heinrich Kilm. Freiburg im Breisgan. Herder, 1880.

Migne, P.G., t. LXVI.

CARTA PRIMERA

He aquí el orden de las ideas más culminantes:

- I. Desolación obrada en el alma de Teodoro por el pecado, comparada con la ruina del templo de Jerusalén.
- II. No hay que desconfiar; mejor puede Dios remediarnos que el demonio perdernos.
- III. El demonio nos induce a desesperar, porque sabe que la esperanza es nuestra ánora de salvación, y hace lo posible para que la dejemos.
- IV. Llanto de San Crisóstomo por la pérdida de su amigo. Se llora la muerte corporal, ¿por qué no la espiritual? Tanto más, que en la muerte corporal el llanto es inútil y en la espiritual es provechoso.
- V. Muchos, después de caer, se levantaron con gloria, y fueron mejores que antes. Lo que importa es tener confianza y aliento, y levantarse de nuevo siempre que se vuelva a caer.
- VI. No hablo sólo de los que pecaron poco, sino aún de los mayores pecadores; ni aun en ellos se debe tolerar la desconfianza. Dios no se aira por pasión, y mientras vivimos, siempre quiere nuestro bien, como quiere el médico la salud del enfermo delirante.
- VII. Esta doctrina se confirma por la Sagrada Escritura. Ejemplo de la misericordia de Dios con el Rey de los babilonios.
- VIII. Misericordia de Dios con los judíos, a pesar de su poco duradero arrepentimiento. Bondad de Dios con Acab, con Manasés.
- IX. Dios nos exhorta con las palabras del Profeta: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones* (Ps. XLIX, 9). Este *hoy* dura mientras vivimos, aun en la última vejez. En la penitencia no se atiende al tiempo, sino a la sinceridad. Ejemplo de los ninivitas y del buen ladrón. Lo que hace falta es ánimo. Lo terrible en el pecado no es el haber caído, sino el permanecer en la caída.
- X. Resuelve una objeción oculta: Lo dicho no se ha de entender de los que han caído en el pecado después de haber creído. R. Los ejemplos anteriores valen para probar lo contrario; pero si no bastaran, tenemos además el ejemplo de la oveja perdida y del hijo pródigo.
- XI. Concluye exhortando a Teodoro a una sincera y pronta conversión, y aduce, para más animarle, el ejemplo del corintio incestuoso y de los gálatas.
- XII. Dios quiere la salvación de los hombres; ahora es tiempo de penitencia. En la otra vida no valdrá el arrepentimiento. Dios tiene muy en cuenta todas nuestras buenas obras, aun las más insignificantes.
- XIII. Pon manos a la obra. Las cosas parecen más difíciles vistas de lejos. Sólo te pido que comiences el buen camino. Todo lo terreno es vanidad, y después de una vida que pasa como un sueño viene para los impíos el fuego del infierno.
- XIV. Magnífica amplificación de la vanidad de la vida y del tormento del infierno, ponderando el fuego, las tinieblas y la inmortalidad del alma.
- XV. Vigorosa conclusión del argumento, urgiendo la vanidad de los goces terrenos, y lo que atormentará la idea de haber incurrido en la pena eterna por placeres tan mentirosos y tan breves. Todavía será mayor tormento el haber perdido la gloria.
- XVI. Descripción de la gloria.
- XVII. Transformación del alma. Transfiguración del Señor. Gloria de los Santos. Y del Rey de todos ellos Nuestro Señor Jesucristo. Conclusión. Aunque fuera necesario sufrir el infierno, lo deberíamos arrastrar por tanta gloria.

- XVIII. Amplifica el tormento que será haber perdido la gloria. Describe la entrada del Emperador en su palacio. Gloriosísima venida de Jesucristo el día del juicio universal. Terror, horrible confusión de los malos al ver la gloria de los buenos.
- XIX. El último día no es sin comienzo de la gloria de los justos, que es sempiterna. En este mundo vivimos todos los hombres como los niños encerrados en el seno de sus madres. El último día será como el día de parto, y los abortivos y mal formados irán al fuego; los bien formados, conforme a la imagen del Rey de los siglos, serán presentados a El para recibir el galardón.
- XX. Exhorta a Teodoro a no deformar la imagen de Jesucristo. La hermosura corporal no está en nuestras manos, pero sí la espiritual. Si en aquella se pone tanto cuidado inútil, razón será trabajar algo por la hermosura del alma. Dios se complace en ver un alma hermosea, aun cuando antes haya caído en el pecado. Testimonios de la Sagrada Escritura.
- XXI. Vileza de la hermosura corporal en comparación de la espiritual.
- XXII. Apremia a Teodoro con el mismo argumento y con las palabras de San Pablo: *Lo momentáneo y leve de nuestra tribulación produce un peso eterno de gloria sobre toda ponderación y medida*. Le estrecha más y más con la comparación de los comerciantes, de los púgiles, con el ejemplo de David y de Ezequías. Si David hubiera pensado como tú, nunca se hubiera levantado.
- XXIII. Cuidamos de las heridas corporales; con más razón debemos cuidar de las espirituales, siendo así que, si queremos, las podemos remediar, lo cual no sucede en aquellas. Le exhorta de nuevo a confiar.
- XXIV. Los ninivitas no desconfiaron, aunque parecía terminante la predicción de su ruina. Si nosotros perdonamos a los esclavos que se arrepienten, ¿cuánto más nos perdonará Dios, que nos crió para el cielo? No nos debe arredrar el haberle ofendido; más le ofendemos no volviéndonos a El; testimonio de la Escritura. Dios nos invita al perdón. Palabras de Nuestro Señor Jesucristo recomendando a la pecadora. Los mayores pecadores, cuando se arrepienten, suelen ser los más animosos a servir a Dios.
- XXV. Elocuente exhortación a emprender con ánimo el camino de la penitencia, poniéndole delante el peligro de la desesperación y el mal causado a los que escandalizó con su caída.
- XXVI. Ejemplos de conversiones contemporáneas. Conversión de un joven solitario, vuelto de la soledad a los vicios.
- XXVII. Conversión de un anciano anacoreta caído en pecado.
- XXVIII. Un joven discípulo infiel de San Juan, convertido por el mismo Apóstol. Onésimo. Otros testimonios de San Pablo. No basta llamarse pecador. Haz que esa confesión sea útil, no como la de muchos, que, llamándose así mismos malos, permanecen no obstante en la maldad.
- XXIX. La raíz de la desesperación es la pereza. Evitar los pensamientos de pusilanimidad. Las buenas obras siempre son de provecho, aunque vayan mezcladas con otras malas.
- XXX. Ardiente exhortación a volverse de veras a Dios, haciendo ver que aun es tiempo de reparar con creces el daño recibido.

I

¿Quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos una fuente de lágrimas? (Jer., IX, 1). Bien puedo hablar ahora de este modo y con más oportunidad que el Profeta. Porque aunque no haya que lamentar la

ruina de muchas ciudades ni naciones enteras, lamento a un alma, comparable en dignidad a todas estas ciudades, y aun mucho más preciosa que ella. Si uno que hace la voluntad de Dios es mejor que innumerables malvados, sin duda que tú eras antes mejor que aquellos millares de judíos. Nadie, pues, me reproche de que escribo lamentaciones mucho mayores de las que se hallan en el Profeta, y arranco del alma suspiros más amargos que él. No me lamento de la ruina de una ciudad, ni del cautiverio de unos hombres perversos, sino de la desolación de un alma consagrada, y de la destrucción y desaparición de un templo de Cristo. Si, en efecto, hubiera visto alguno, cuando brillaba en su esplendor, el ornato de tu alma, que el demonio incendió y redujo a cenizas, ¿no hubiera lanzado los lamentos del Profeta, al presenciar y oír que las manos de los bárbaros habían profanado, incendiado y arrasado por completo el santuario con los querubines, el arca, el propiciatorio, las placas de piedra, la urna de oro? Más acerba, sí, más acerba es esta desgracia que aquella, y tanto más, cuanto son mucho más preciosos que aquellos los símbolos que tenías dentro de tu alma. Este templo era más santo que aquel: pues no resplandecía con plata y oro, sino con la gracia del Espíritu Santo; y en vez de la urna de oro y los querubines, tenía entronizados dentro de sí a Cristo y a su Padre y al Espíritu Paráclito. Pero ahora no es así: antes se encuentra yermo y desnudo de aquella hermosura y belleza, despojado de aquel adorno inefable y divino, destituido de toda seguridad y defensa, y ya no tiene puerta ni cerrojo, sino que está abierto a todo pensamiento corruptor y vergonzoso; y si quiere entrar en él el pensamiento de la soberbia; el de la lujuria, el de la avaricia y otros más abominables, no habrá quien se lo impida; mientras que antes la pureza de tu mente era inaccesible a estos pensamientos, no menos que lo es el cielo.

II

Quizás parecerá increíble lo que digo a los que ven ahora tu desolación y estrago; y por este motivo, me angustio y lamento, y no cesaré de hacerlo así hasta tanto que de nuevo te vea recuperado tu antiguo resplandor. Y aun cuando esto parece imposible a los hombres, para Dios todo es posible. El es *el que resucita de la tierra al desvalido y levanta al pobre del estiércol, para asentarle con los*

príncipes, con los príncipes de su pueblo. El es el que hace habitar en casa a la estéril, convertida en madre regocijada con sus hijos (Ps. CXII, 7, 9). No desconfías, pues, de una mudanza magnífica. Si el demonio pudo tanto, que de la cumbre y altura de la virtud te derribó hasta lo último de la maldad, mucho más podrá Dios atraerte de nuevo a aquella tu antigua libertad y confianza con El, y, no sólo esto, sino aun hacerte mucho más feliz que de primero. Únicamente no desconfíes ni pierdas las buenas esperanzas, ni sientas como los impíos. Y es así, que no es la muchedumbre de los pecados lo que suele causar desesperación, sino el tener ánimo impío. Por lo cual Salomón no dijo simplemente: “Todo aquel que viene a lo profundo de los vicios desprecia su salvación”, sino que sólo dijo: *El impío* (Prov., XVIII, 3). Porque esta enfermedad es solamente de los impíos, cuando han caído en lo profundo de la maldad. Y esto es lo que no les deja mirar arriba, ni volver atrás al lugar de donde cayeron. Puesto que aquel pensamiento maldito, a la manera de una argolla que sujeta el cuello, sojuzga el alma, y la obliga a mirar abajo, y le impide alzar los ojos a su Señor. Pero propio es de un hombre generoso y admirable quebrantar este yugo, y arrojar de sí al verdugo que se lo impuso, y exclamar con las palabras del Profeta: *Como los ojos de la sierva se dirigen a las manos de su señora, así nuestros ojos se dirigen al Señor y Dios nuestro, hasta que se compadezca de nosotros. Compadeceos de nosotros Señor; compadeceos de nosotros, porque sobremanera nos hemos llenado de miseria* (Ps. CXXII, 2, 3). Divinos son, en verdad, estos documentos y dictámenes de la más alta filosofía. Nos hemos llenado, dice, de miseria, y hemos sufrido innumerables males; pero, sin embargo, no cesaremos de mirar a Dios, ni desistiremos de pedirle, hasta haber logrado la petición. Porque propio es de un alma generosa no decaer ni desconfiar por la muchedumbre de los males que la opriman, ni desistir después de haber muchas veces rogado y no obtenido nada, sino, como dice el santo David, perseverar hasta que se compadezca de nosotros.

III

No por otro motivo procura el demonio ingerirnos pensamientos de desesperación, sino para cortar nuestra esperanza en Dios, la cual es el áncora segura, el fundamento de nuestra vida, la guía del camino

que lleva al cielo, la salvación de las almas perdidas. *Pues por la esperanza*, dice San Pablo, *fuimos hechos salvos* (Rom., VIII,24). Porque ella, ella es la que, como una fuerte cadena pendiente de los cielos, sustenta nuestras almas, atrayendo poco a poco a aquella altura a los que fuertemente la tienen asida, y librándonos de la tormenta de los males presentes. Si alguno, pues, pierde el ánimo y suelta esta áncora sagrada, al momento se desploma y se ahoga, dando consigo en el abismo de la maldad. Y como lo sabe muy bien el malvado enemigo, cuando nos ve obligados por la conciencia de nuestras malas obras, sobreviene él y nos echa encima el pensamiento de la desesperación, más pesado que el plomo; y si le damos cabida, no hay más remedio sino que, arrastrados por su peso y arrancados de aquella cadena, caigamos en lo profundo de los males, donde tú te encuentras ahora, dejados los mandamientos del Señor, manso y humilde, y cumpliendo todos los preceptos del tirano cruel y enemigo implacable de nuestra salvación, roto el yugo suave y arrojada la carga ligera, rodeado, en cambio, de argollas de hierro y suspendida al cuello una rueda de molino. ¿Dónde podrás ya detenerte, mientras vas hundiendo tu miserable alma, puesto por ti mismo en tal necesidad de ir bajando continuamente?

IV

La mujer que había hallado una dracma, llamaba a sus vecinos, para que participaran de su gozo, diciendo: *Congratulaos conmigo* (Luc., XV, 9). Pero yo llamaré ahora con intención contraria a mis amigos y los tuyos, no diciendo: *Congratulaos conmigo*, sino “Llorad conmigo y haced las mismas lamentaciones, y clamad con acento lúgubre. Pues hemos tenido la pérdida más extrema, no porque se nos haya ido de las manos gran cantidad de talentos de oro, ni gran número de piedras preciosas, sino porque quien valía más que todo esto, navegando junto con nosotros por este grande y anchuroso mar, cediendo no se como a una sacudida, ha caído al fondo mismo de su perdición”.

Y si trataren algunos de disuadirme de llorar, les dirigiré las palabras del Profeta: *Dejadme, lloraré con amargura; no hagáis fuerza por consolarme* (Isai., XXII, 4). No es tal ahora mi quebranto que pueda culpárseme lo inmoderado de los lamentos, sino tal que el

mismo San Pablo y el mismo San Pedro no se hubieran avergonzado de gemir y lamentarse, rehusando todo consuelo. A los que lloran la común muerte de los cuerpos, con razón pudiera alguien tachar de pusilánimes; pero cuando, no ya el cuerpo, sino el alma yace muerta, llena de innumerables heridas, y descubriendo en su misma muerte su antigua buena salud y su bienestar y su hermosura extinguida, ¿quién hay tan cruel y nada compasivo que diga palabras de consuelo, en vez de lamentos y gemidos? Porque así como en el primer caso es virtud cristiana el no llorar, así lo es en el segundo el llorar. El que había llegado hasta el cielo, el que se reía de la vanidad de la vida, el que veía la hermosura en los cuerpos con la misma indiferencia que si la viera en las piedras, el que despreciaba el oro como barro y todo placer como cieno, este mismo, de repente, arrebatado por la fiebre de una concupiscencia necia, echó a perder su salud, su fortaleza y toda su hermosura y se hizo esclavo de los places. Y ¿por tal hombre, díme, no hemos de llorar y afligirnos hasta que de nuevo le recobremos? ¿Sería eso propio de un alma humana? Porque la muerte corporal, ciertamente, no se puede destruir en esta vida, y sin embargo, ni aun esto basta para reprimir los lamentos de los que la lloran; pero la muerte del alma sólo en esta vida se puede deshacer; porque *en el infierno*, dice (la Escritura), *¿quién te confesará?* (Ps. VI, 6). ¿Cómo, pues, no ha de ser suma locura que los que lloran la muerte corporal lo hagan tan de veras, aun sabiendo que con sus lamentos no han de volver la vida al muerto, y que nosotros no hagamos demostración alguna, aún reconociendo que muchas veces hay esperanza de restituir al alma perdida la vida primera?

V

Muchos, en efecto, ya ahora, ya en el tiempo de nuestros antepasados, derribados del recto puesto y despeñados del camino estrecho, de tal manera se volvieron a levantar, que cubrieron las obras antiguas con las nuevas, y alcanzaron la palma, y se ciñeron la corona, y fueron proclamados con los vencedores y contados en el coro de los santos. Y es así que mientras uno permanece en el horno de los deleites, por más que tenga delante ejemplos como éstos a millares, le parece el negocio imposible; pero con sólo que comience un poquito a salir de allí, avanzando siempre, deja atrás lo más violento del fuego,

y ve, en cambio, lo que tiene delante y a sus pies lleno de suavidad y rocío. Lo que importa es que no desesperemos, ni desconfiemos de nuestra vuelta; porque quien se halla en esta disposición, por increíble esfuerzo y ánimo que tenga, en vano lo tiene. Porque una vez que se cierra a sí mismo la puerta de la penitencia y se impide la entrada en el estadio, ¿cómo podrá, permaneciendo fuera, obrar nada de bueno de mucha ni poca importancia? Razón por la cual todo lo remueve el malvado enemigo, para plantar en nosotros semejantes pensamiento; porque ya no le harían falta sudores ni trabajos para impugnarnos. ¿Par qué, si, derribados en tierra, no hemos de querer alzarnos contra él? Porque el que logre deshacerse de esta atadura recobrará su antigua fuerza y no cesará de combatir contra él hasta el último aliento, y aunque vuelve a dar otras innumerables caídas, se levantará de nuevo y destrozará al enemigo; pero el que está sujeto con los pensamientos de desesperación, relajadas sus fuerzas, ¿cómo podrá vencer ni resistir, si, por el contrario, huye?

VI

Y no me hables de lo que pecaron poco; antes sea uno que esté lleno de toda maldad y que obre todo aquello que le excluya del reino del cielo, y ese no de los que desde el principio fueron infieles, sino de los fieles, y de los que, habiendo antes agradado a Dios, llegara a ser más tarde fornicario, adúltero, muelle, ladrón, ebrio, sodomita, calumniador y otras cosas parecidas; pues bien, ni un hombre así llevaré a bien que desconfíe, aunque llegue hasta la última vejez con tan indecible maldad. Que si la ira de Dios fuera una pasión, con razón desesperaría uno como incapaz de extinguir la llama que había encendido con tantos pecados; pero siendo la divinidad impassible, aunque castigue, aunque se vengue, no lo hace pasión de ira, sino con mucha solicitud y amor a los hombres, por lo cual conviene tener muchos alientos y confiar en la fuerza de la penitencia.

Puesto que a todos aquellos que pecan contra el no suele castigarlos por causa de sí mismo —porque aquella divina naturaleza ningún mal puede allegársele—, sino mirando a nuestra utilidad y a que no se empeore nuestra perversidad, pensando en despreciarle a El y tenerle en poco. Pues así como el que se aparta de la luz, a ella ningún daño le hace, pero si muchísimo encerrándose entre tinieblas, así el que

acostumbra despreciar a aquella fuerza omnipotente, a ella no la puede dañar, pero a sí mismo se acarrea el último daño. Y por esto Dios nos amenaza con castigos y nos lo envía muchas veces, no como para vengarse a sí mismo, sino para arrastrarnos hacia sí. Que también un médico no se entristece ni da por resentido de las afrentas de los delirantes, y sin embargo, no deja piedra por mover para hacerlos desistir de tales desvergüenzas, no mirando a sí mismo, sino por la utilidad de ellos; y si dan alguna pequeña muestra de estar en su seso y juicio, se alegra y regocija, y aplica las medicinas con mucho mayor empeño, no para vengarse de ellos por lo pasado, sino por deseo de aumentar el provecho y reducirlos a completa salud. Así también Dios, cuando incurrimos en la locura más rematada; no para vengarse de nosotros por lo pasado, sino deseoso de librarnos de la enfermedad, emplea todos los medios de palabra y de obra. Y esta es cosa que fácilmente se ve aun con sólo la recta razón.

VII

Pero si alguien hubiera que tenga en ello duda, se lo confirmaremos también con los divinos oráculos. ¿Quién, si no, díme, más perverso que el rey de los babilonios, el cual, habiendo tenido tanta experiencia del divino poder, que adoró a su Profeta y mandó ofrecerle dones e incienso, cayó de nuevo en su primera arrogancia, arrojó atados al horno a cuantos no le honraron a él mismo con preferencia a Dios? Y, sin embargo, a este rey tan cruel, tan impío y más fiera que hombres, le invita a penitencia y le da también otras ocasiones de convertirse, en primer lugar, el mismo prodigio acontecido en el horno, y después la visión que vio el rey e interpretó Daniel, capaz de doblegar aunque fuera un alma de piedra; y, en fin, después de la exhortación por medio de obras, el mismo Daniel le aconsejó de palabra, diciendo: *Por esta razón, oh rey, séate agradable mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus iniquidades con la compasión de los pobres: quizá habrá longanimidad (e indulgencia) para tus delitos* (Dan., IV, 24). ¿Qué dices, oh sabio y bienaventurado (Profeta)? ¿Puede haber vuelta al buen camino después de tan grande caída, y salud después de tan grande enfermedad, y después de tan grande locura esperanza de juicio? Ya de antemano se había despojado el rey de toda esperanza, primero, desconociendo al que le crió y le

elevó a aquella dignidad, por más que podía recorrer muchos argumentos de su poder y providencia, ya en sí, ya en sus antepasados; en segundo lugar, después de haber tenido de nuevo señales clarísimas de su sabiduría y presciencia, y visto por tierra el arte mágica, la astrología y todo el aparato y máquina del demonio, cometió todavía pecados más graves que los primeros. Y en efecto, lo que no pudieron interpretar los sabios magos gazarenos y confesaron estar por encima de la humana naturaleza, se lo declaró y soltó un jovencillo cautivo, y de tal manera le movió con la maravilla, que no solamente creyó él, sino que se hizo delante de todo el mundo pregonero y maestro de su creencia; de suerte que si antes de haber visto este prodigio era indigno del perdón desconociendo a Dios, mucho más lo era después de aquel milagro y de aquella confesión y doctrina que enseñó a otros. Porque si no hubiera creído rectamente en el único Dios verdadero, no hubiera hecho tanta honra al siervo del mismo Dios, ni dado a los demás el mismo precepto. Y sin embargo, después de tal confesión incurrió de nuevo en idolatría, y el que cayendo sobre su rostro adoró al siervo de Dios, vino a tal desenfreno y locura, que arrojó al horno a los siervos de Dios que no le adoraran a él. ¿Y qué sucedió? ¿Acaso Dios se vengó del apóstata cual debía vengarse? Lejos de eso, le dio todavía mayores muestras de su poder, reduciéndole de nuevo a su primer estado después de tanta insensatez; y lo más admirable es que, a fin de que el rey no dejara de dar créditos a los hechos por el mismo exceso de las maravillas, no las obró sino en el mismo horno que él había encendido contra los jóvenes a quienes ató y arrojó en él. Y hubiera sido en verdad maravilloso y prodigioso aun sólo el extinguir la llama; pero el benigno Señor, a fin de infundirle mayor espanto y producir mayor asombro y deshacer toda su ceguedad, hizo una cosa todavía mayor y más maravillosa. Porque dejando que el horno se inflamara tanto cuanto quiso el rey, entonces hace muestra de su poder, no ya deshaciendo las máquinas de los enemigos, sino frustándolas cuando estaban armadas. Y porque nadie creyera, al ver a los jóvenes sobrevivir a las llamas, que éstas eran puro fantasma, permitió que se quemaran en ellas los que habían arrojado a los jóvenes, demostrando que era verdadero fuego el que se veía; pues, de no serlo, no hubiera consumido nafta, estopa, sarmientos y tantos cuerpos. Y nada más poderoso que su mandato, sino que la naturaleza de todos los seres obedece al que del no ser la sacó al ser; lo cual entonces se vio claramente; pues apoderándose la llama de unos cuer-

pos corruptibles, se abstuvo de ellos cual si fueran incorruptibles, y devolvió el depósito incólume y con mucho resplandor. No de otra suerte que salen los reyes de sus palacios reales, salieron aquellos jóvenes del horno, sin que nadie ya quisiera mirar al rey, sino que todos apartaban de él los ojos para volverlos a aquel maravilloso espectáculo; de suerte que ni la diadema, ni la púrpura, ni otra cosa alguna del regio aparato llamó tanto la atención de las turbas de los infieles como la vista de aquellos fieles que estuvieron largo tiempo dentro del fuego, pero salieron de él de la misma manera que si lo hubieran padecido en sueños. Lo que de nosotros más fácilmente se consume, que es el cabello, venció entonces con más fortaleza que el diamante la llama devoradora. Y no estaba solamente la maravilla en que, arrojados al medio del fuego, nada padecieron, sino también en que todo el tiempo estuvieron hablando; pues bien saben todos cuantos han visto a los que se queman, que, mientras éstos tienen los labios comprimidos, aunque por breve tiempo, resisten al incendio; pero si abren la boca, al momento exhalan el alma. Y a pesar de todo, con haber sucedido tantos prodigios y haberse todos llenado de asombro, tanto los presentes y espectadores, como los ausentes que por cartas se enteraron del suceso, aquel rey que había enseñado a los demás, permaneció obstinado, y volvió de nuevo a su primera mitad. Y ni aún así le castigó Dios todavía, sino que le toleró con longanimidad, aconsejándole por sueños y por el Profeta. Pero una vez que con nada de esto se enmendó, entonces ya descargó sobre él el castigo, no para vengarse de lo pasado, sino para reprimir su malicia en adelante, y ni aun esto hasta el fin, sino que, castigándole por espacio de pocos años, le restituyó al primer honor, sin que de la pena hubiera recibido pérdida alguna, antes bien la mayor de todas las ganancias, como era el adherirse firmemente a la fe en Dios y arrepentirse de las pasadas culpas.

VIII

Tal como ésta es la benignidad de Dios con los hombres: nunca rechaza la penitencia sincera; antes aun cuando uno haya llegado al límite mismo de la maldad, si quiere convertirse de nuevo al camino de la virtud, le recibe y le abraza, y no hay cosa que no haga para restituirle al primer estado. Y, lo que es todavía mucho mayor benignidad,

nidad, aun cuando uno no de muestras de entera penitencia, aun esta penitencia breve y para poco tiempo, no la deja a un lado, sino que la premia con grande galardón: lo cual es manifiesto por lo que Isaías dice del pueblo judío con estas palabras: *Por el pecado le contristé un poco de tiempo, y le herí, y aparte de él mi rostro; y se contristó y anduvo afligido, y le sané, y le consolé* (Isai., LVII, 17, 18). Bien nos lo puede tambien atestiguar aquel rey impísimo, a quien su mujer vinculó al pecado; pero apenas lloró y se vistió de saco y detestó sus delitos, de tal suerte se concilió la misericordia de Dios, que le libró de todos los males que le amenazaban. En efecto, dijo Dios a Elías: *¿Has visto cómo se ha compungido Acab ante mi rostro? No echaré sobre él el mal en sus días, porque ha llorado delante de mi rostro* (3 Reg., XXI, 29).

Y más tarde Manasés, que a todos sobrepujó en furor y tiranía (2 Paralip., XXXIII, 13) y destruyó el culto legal, y cerró el templo, e hizo florecer el error de la idolatría, y fue más impío que cuantos le precedieron, por haberse al fin arrepentido, fue contado entre los amigos de Dios. Ahora bien, si mirando a la grandeza de sus propias iniquidades hubiera desconfiado de la conversión y mudanza de vida, hubiera perdido todo cuanto después consiguió: ahora, en cambio, por haber mirado, no al exceso de sus delitos, sino a la ilimitada misericordia de las entrañas de Dios, rompió las ataduras del demonio y se levantó y combatió, y consumó con gloria su carrera.

IX

Pero no sólo con lo que a éstos aconteció, sino también con las palabras del Profeta corta Dios los pensamientos de desesperación, diciendo así: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en el día de la exaceración* (Ps. XCIV, 9).

Y este hoy en toda la vida se puede decir, y aun si quieres, hasta la misma vejez: porque la penitencia no se mide por la cantidad de tiempo, sino por el afecto del alma. Los ninivitas no necesitaron de muchos días para borrar su pecado, antes bastó el corto espacio de un día para deshacer toda su iniquidad; y el ladrón no impetró la entrada en el paraíso en largo tiempo; antes en tan breve intervalo, como es el que se gasta en pronunciar una palabra, lavó todos los pecados de toda la vida, y recibió antes que los Apóstoles el premio de su fide-

dad. Veamos también a los mártires, que no en muchos años, sino en pocos días, y aun en uno solo, consiguieron espléndidas coronas.

Por lo cual, ánimo y mucho afecto es lo que siempre necesitamos; y si de tal manera disponemos la conciencia que aborrezcamos la maldad pasada y elijamos el camino contrario con tanto esfuerzo como Dios manda y exige, nada perderemos por la brevedad del tiempo; como que muchos, con haber sido los últimos, dejaron muy atrás a los primeros. Porque no es lo terrible el haber caído, sino el permanecer en la caída y no levantarse, y adhiriéndose al mal y empe- rezando, encubrir con pensamientos de desesperación la languidez de la voluntad. A semejantes hombres decía el Profeta en son de duda: *¿Acaso el que cae no se levanta, y el que va no vuelve?* (Jerem., VII, 4).

X

Y si nos pides algunos que haya caído de nuevo después de haber creído, en primer lugar, a los tales se refiere cuanto llevamos dicho: porque quien cayó era antes de los que estaban en pie, y no de los caídos: porque quien está caído, ¿cómo puede caer? Y, en segundo lugar, se dirán todavía otras cosas, ya por parábolas, ya por hechos y palabras más patentes.

Y es así, que aquella oveja separada de las noventa y nueve y después reducida, no nos da a entender otra cosa que la caída de los fieles y su conversión: porque era oveja y no de otro rebaño, sino del número de las demás, y antes eran apacentadas por el pastor, y se extravió con extravío no vulgar, sino por montes y selvas, esto es, por camino muy lejano y muy desviado del verdadero. Ahora bien; ¿por ventura no hizo caso de que anduviera extraviada? De ninguna mane- ra; antes bien la redujo, y no empujándola y golpeándola, sino tomán- dola sobre los hombros. Porque así como los médicos más excelentes a los enfermos de larga enfermedad los restituyen a la salud con más cuidado, no sólo curándolos conforme a las leyes de la medicina, sino aun a veces condescendiendo con ellos, así también Dios a los muy corrompidos en el vicio no los lleva a la virtud con mucha violencia, sino con suavidad y poco a poco, sobrellevándolos siempre, para que no se hagan mayor la separación y más largo el extravío.

Ni es esta la única parábola que esto nos descubre, sino también la del hijo pródigo. Pues tampoco ésta era extraño, sino hijo y hermano

del que agradaba a su padre, y no se propasó a una maldad ordinaria, sino, por decirlo así, al mismo límite de los males, llegando el rico, el libre, el noble, a una condición más miserable que los criados y los extraños y los jornaleros. Y, sin embargo, volvió a su primer estado, y recibido el honor que antes tenía. Pero si hubiera desesperado y desconfiado por causa de sus desgracias, hubiera permanecido en la tierra extranjera, no hubiera logrado lo que logró, sino que, consumido de hambre, hubiera sucumbido con la muerte más infeliz; pero porque se arrepintió y no desesperó, vuelve después de tanta bajeza a tanto esplendor, y cíñese hermosísima vestidura, y obtiene mayores regalos que el hermano que no cayó. Porque, en efecto, decía éste: *Tantos años ha que te sirvo, sin jamás quebrantar ningún mandamiento tuyo, y nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando ha venido este tu hijo, que ha devorado con malas mujeres tu hacienda, le has matado el novillo grueso* (Luc., XV, 29, 30). Tanta es la fuerza de la penitencia.

XI

Teniendo, pues, tantos ejemplos, no permanezcamos en la maldad, ni desesperemos de la conversión; sino digamos también nosotros: *Iré a mi Padre*, y acerquémonos a Dios. Porque El, por su parte, jamás nos rechaza, sino que nosotros somos los que nos alejamos de El. *Yo, dice, soy Dios que está cerca, y no Dios de lejos.* (Jerem., XXIII, 23). Y por este mismo Profeta acusaba otra vez (a los judíos), diciéndoles: *¿No son vuestros pecados los que ponen separación entre Mí y vosotros?* (Isai., LIX, 2). Ya, pues, que esto es lo que nos aleja de Dios, quitemos este pésimo valladar, y nada nos impedirá acercarnos.

Oye ahora confirmada por los hechos la misma doctrina.

Un hombre conspicuo entre los corintios había cometido un pecado de tal naturaleza que ni entre los gentiles tenía nombre. Era, por otra parte, uno de los fieles y allegados a Cristo; y aun dicen algunos que era del número de los sacerdotes. Y ¿qué sucedió? ¿Acaso San Pablo le cortó el número de los que salvan? De ninguna manera; antes él mismo reprende a los corintios sin darse tregua y de mil maneras, porque no le redujeron a penitencia; y queriendo enseñarnos que no hay pecado alguno que no pueda curarse, dijo otra vez con motivo de

este mismo que había pecado más gravemente que los gentiles: *Entregadle a Satanás para perdición de su carne, para que el espíritu se salve en el día de Nuestro Señor Jesucristo* (1 Cor., V, 5). Pero esto era antes de la penitencia. Después que se arrepintió: *Ya le basta, dice, a ese tal la reprensión de parte de muchos* (2 Cor., II, 6); y escribió mandando que de nuevo le consolasen y admitiesen su penitencia, para que no fuera víctima de la codicia de Satanás.

Y a toda la región de los gálatas, que después de haber creído, y obrado milagros, y sufrir muchos trabajos por la fe de Cristo, todavía cayeron, de nuevo la levanta y reanima. Y que, en efecto, habían obrado milagros, lo declaró cuando dijo: *Así que quien os concede el Espíritu, obra en vosotros milagros* (Gal., III, 5); y que por la fe sufrieron además muchos combates, también lo declaró, diciendo: *Tantas cosas y padecisteis en vano, si es que las padecisteis en vano* (Gal., III, 5). Y, sin embargo, después de tanto aprovechamiento, cometieron un pecado suficiente para enajenarlos de Cristo; acerca del cual el mismo San Pablo decide de esta forma: *Ved que yo, Pablo, os lo digo: que si os circuncindáis, Cristo nada os aprovechará*. Y de nuevo: *Todos los que os justificáis en la ley, habéis perdido la gracia* (Gal., V, 2, 4). Y a pesar de todo, después de tal caída, los recibe, diciéndoles: *Hijuelos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal., IV, 19); dando a entender que, aun después de la más rematada perdición, es posible que de nuevo se forme Cristo en nosotros; porque no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezeq., XXXIII, 11).

XII

Convirtámonos, pues, querido amigo, y cumplamos la voluntad de Dios. Porque para este fin nos crió y nos sacó al ser, para hacernos participantes de los bienes eternos, para darnos el reino de los cielos, no para arrojarnos al infierno y entregarnos a sus llamas; porque éstas no las hizo por nosotros, sino por el diablo; y, en cambio, el reino para nosotros está ordenado y dispuesto desde antiguo. Y demostrando entrambas cosas, decía a los de la derecha: *Venid, benditos de mi Padre, poseed por herencia el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo* (Matth., XXV, 34); y a los de la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego sempiterno, el que está preparado,*

no ya para vosotros, sino para *el diablo y sus ángeles*. De suerte que no se hizo el infierno por nosotros, sino por el diablo y sus ángeles; pero el reino, desde la fundación del mundo, se preparó para nosotros. No nos hagamos, pues, indignos de la entrada en el tálamo nupcial; porque mientras permanezcamos aquí, por innumerables pecados que cometamos, podemos lavarlos todos, haciendo penitencia de ellos; pero una vez que seamos llevados allá, por más vehemente que sea nuestro arrepentimiento, ya no habrá remedio alguno; antes por más que rechinemos de dientes, por más que nos aflijamos, por más que roguemos y supliquemos, envueltos en llamas, nadie nos dará refrigerio ni aun con la punta del dedo, sino que oiremos lo mismo que en otro tiempo el rico: *Grande es el abismo que se interpone entre vosotros y nosotros* (Luc., XVI, 26). Volvamos, pues, en nuestro acuerdo, mientras vivimos aquí, y reconozcamos a nuestro Señor, como conviene reconocerle. Porque nadie debe desconfiar de la esperanza del arrepentimiento, mientras no estuviere en el infierno; sólo allí es este mediador ineficaz e inútil; pero mientras estemos aquí, aunque se emplee en la misma vejez, tiene muchísima eficacia. Por este motivo también el demonio todo lo remueve, con el fin de arraigar en nosotros el pensamiento de la desesperación; y es que sabe muy bien que, por poco que nos arrepintamos, no lo hemos de hacer sin recompensa. Sino que así como quien da un vaso de agua tiene reservado su galardón, así también quien se arrepiente de los males que hizo, aunque no haga una penitencia proporcionada a sus pecados, aun por esa misma tendrá retribución. Porque ninguna absolutamente de las obras buenas, por pequeña que sea, se escapará a los ojos del justo Juez. Que si los pecados se examinan con tanta exacción, que por palabras y pensamientos somos castigados, ¿cuánto más se nos tendrán en cuenta en aquella ocasión, las obras buenas, sean grandes o sean pequeñas?

XIII

Así es que, aun dado que no pudieres volver otra vez a la misma diligencia que antes, si por lo menos te librases, comoquiera que sea, de la presente enfermedad y lascivia, ni aun esto se te dejará de contar; solamente por manos a la obra y abre el camino para entrar en el certamen; que mientras permanecieres fuera, con razón te parecerá

difícil e imposible. Porque antes de hacer la prueba, por suaves y llevaderas que sean las cosas, suelen, sin embargo, presentarse con grande ostentación de dificultad; pero cuando con ánimo y osadía vamos contra ellas y las experimentamos, la mayor parte de la angustia se desvanece, e introduciéndose la confianza en lugar del temblor y desesperación, disminuye el miedo, aumenta la facilidad y robustece las buenas esperanzas. Y esta fuera la causa por la que sacó a Judas de esta vida el malvado enemigo, no fuera que, como había comenzado ya a volver sobre sus pasos, se restituyera por el arrepentimiento al lugar de donde cayó. Porque yo, ciertamente, aunque parezca extraño lo que digo, ni aun aquel pecado lo tengo por mayor que el socorro que la penitencia nos proporciona. Por esta razón te suplico y conjuro, a fin de que, exterminado de tu alma todo pensamiento satánico, vuelvas a este camino de salvación. Porque es así que si yo te mandara remontarte otra vez de repente y de un salto a la cumbre donde estuviste, con justo motivo lo llevarías a mal, por haber en ello mucha dificultad; pero si ahora te pido solamente una cosa ten poca, como es que no añadas más a los males que tienes, sino que, levantándote de ellos, te vuelvas otras vez al camino contrario, ¿por qué razón lo rehusas y repugnas, y te arrastras a ti mismo hacía atrás? ¿No has visto a los que murieron en medio de sus delicias, y embriagueces, y diversiones, y demás burlerías de la vida? ¿Dónde están ahora los que con mucha pompa y mucha comitiva se abrían camino por la plaza; los que vestían sedas, y esparcían aromas, y alimentaban parásitos, y estaban siempre enclavados en su pabellón? ¿Dónde está ahora aquella su pompa de entonces? Pasó la esplendidez de los convites, la muchedumbre de los cantores, la obsequiosidad de los aduladores, la risa inmoderada, el descanso del ánimo, el derramamiento de la mente, la vida muelle, ociosa y regalada. ¿Adónde volaron ahora todas aquellas cosas? ¿Qué se hizo del cuerpo que disfrutaba de tanto regalo y limpieza? Ve al sepulcro, contempla el polvo, la ceniza, los gusanos, la fealdad del lugar, y gime amargamente. ¡Y ojalá que el mal parara en la ceniza! Mas no, de aquel sepulcro y aquellos gusanos traslada el pensamiento a aquel gusano inmortal, al fuego inextinguible, al rechinar de los dientes, a las tinieblas exteriores, a la tribulación y a la angustia, a la parábola de Lázaro y del rico, que siendo señor de tantas riquezas y vestido de púrpura, ni una gota de agua tuvo a su arbitrio, y esto hallándose en tan terrible necesidad. Las cosas de aquí no hacen ventaja alguna a los sueños. Porque así

como a los que trabajan en las minas o pagan otra pena más grave todavía, si alguna vez, dormidos bajo el peso de tantos trabajos y de aquella vida amarguísima, se ven en sueños a sí mismo en medio de delicias y abundancia, luego, en despertando, ninguna gracia les hacen los sueños; así también a aquel rico, habiendo gozado de riquezas en la presente vida como en un sueño, una vez partido de aquí, no le quedaba sino el ser castigado con aquel acerbo suplicio.

Consideras estas cosas, y poniendo aquel fuego en frente del incendio de las pasiones que está ahora apoderado de ti, líbrate, por fin, de ese horno. Porque quien ahora lo extinguiera aquí como es debido, no experimentará tampoco el otro; pero si uno no se sobrepone al de las pasiones, cuando hubiere partido de esta vida, se apoderará de él con más fuerza el del infierno.

¿Cuánto tiempo quieres que se te extienda el goce de la presente vida? Porque yo no creo que te resten ya más de cincuenta años para llegar a la última vejez, y aún esto no lo tenemos seguro; porque los que no pueden confiar de vivir ni aun hasta la tarde, ¿cómo pueden prometerse tantos años? Y no sólo esto no es incierto, sino también la mudanza misma de las cosas; porque muchas veces, extendiéndose la vida por largos años, no se extiende de la misma manera que ella los deleites, sino que, al momento de haberlos tenido, huyen. Pero, en fin, si te place, imagínate que has de vivir tantos años, y que no te ha de sobrevenir mudanza alguna: ¿qué es esto para aquellos siglos interminables y aquellos acerbos e intolerables suplicios? Porque aquí los bienes y los males tienen término, y por cierto muy en breve; pero allí ambas cosas se extienden por siglos inmortales, y se diferencian en tanto grado de las cosas de ahora, que ni aun decir se puede.

XIV

Porque a oír la palabra *fuego*, no vayas a pensar que aquel fuego es como el de aquí: porque el fuego de aquí devora y consume cuanto arrebata; pero aquel quema por siempre y nunca cesa de abrasar a los que tiene en su poder, y por esta razón se llama inextinguible. Puesto que también los pecadores conviene que se revistan de inmortalidad, no para honor, sino para ser contiguo pábulo de aquel suplicio; y cuán horrendo sea esto, no hay ciertamente palabras que sean capaces de hacerlo ver nunca; pero, sin embargo, alguna idea nos podemos for-

mar de aquellos graves tormentos por la experiencia de males pequeños. Si alguna vez te hallares en un baño excesivamente caliente, piensa entonces en el fuego del infierno; y si alguna vez te sintieres abrasar de una fiebre poderosa, traslada el pensamiento a aquellas llamas y entonces podrás ver bien la diferencia. Porque si un baño y una fiebre tanto nos afligen y perturban, ¿cómo estaremos cuando caigamos en aquel río de fuego que se arrastra delante de aquel terrible tribunal? En verdad que rechinaremos de dientes bajo el peso de aquellos trabajos en intolerables angustias; pero no habrá nadie que nos defienda, sino que daremos grandes lamentos, echándose sobre nosotros las llamas con gran violencia, y no veremos a nadie, si no es a los atormentados a una con nosotros y una inmensa soledad.

Y ¿quién será capaz de explicar los terrores que aquellas tinieblas producirán en nuestras almas? Porque aquel fuego, así como nos consume, así tampoco resplandece; que de lo contrario, ya no habría tinieblas. Así que la turbación por ellas causada entonces en nosotros, y el temblor, y aquel deshacese, y aquel salir de fuera de sí, solamente lo pueda dar a entender el tiempo de entonces. Porque muchos y muy variados son allí los géneros de tormentos, y por todas partes se lanzan sobre el alma torbellinos de suplicios.

Y si alguno dijere: ¿cómo es posible que pueda el alma resistir tanta muchedumbre de tormentos y perseverar en el suplicio siglos infinitos?, piense lo que aquí sucede; cómo muchas veces muchos han resistido una enfermedad larga y terrible. Y si al fin murieron, no fue porque el alma se consumiera, sino por haber desfallecido el cuerpo; que si él no se rindiera, no hubiera cesado el alma de ser atormentada. Así es que cuando le tenga incorruptible e indisoluble, nada estorbará que el suplicio se extienda sin término. Lo que sucede es que aquí no pueden concurrir al mismo tiempo ambas cosas, como son terribilidad de tormentos y larga duración, sino que la una está en pugna con la otra, por ser corruptible la naturaleza del cuerpo, y no poder sobrellevar la junta de ambas cosas; por cuando sobreviniere la inmortalidad, se deshará esta pugna, y entrambos males a todo su sabor estarán apoderados de nosotros para siempre jamás. No nos hayamos, pues, ahora de tal modo como si el exceso de los tormentos hubiera de consumir nuestra alma, porque ni aun el cuerpo podrá entonces consumirse, sino que durará con el alma, atormentado eternamente, y ya no habrá otro término. Pues bien, ¿qué deleites y cuánto espacio de tiempo quieres comparar con este castigo y suplicio? ¿Quieres el tiempo de

cien años, y aun doble? Y ¿qué tiene que ver esto con los siglos inacabables? Porque lo que es el sueño de un día en comparación de toda la vida, esto es el goce de las cosas presentes, comparado con la condición de las venideras. Ahora bien, ¿hay nadie que por pasar un sueño agradable eligiese ser atormentado por siempre? ¿Quién sería tan necio que se aviniera con semejante cambio? Y eso que todavía no impugno los placeres, ni descubro ahora la amargura que en ellos se encierra: ya que no es esta la ocasión de hacerlo así, sino cuando hubieres logrado huir de ellos. Porque ahora, es claro, cautivo de la pasión, aun me tendrías por fatuo si al placer le llamase amargo; pero cuando con la gracia de Dios te vieres libres de la enfermedad, entonces verás perfectamente también su amargura.

XV

Por este motivo, reservando para otra ocasión este razonamiento, sólo diré ahora: Demos que el regalo sea regalo, y el deleite deleite, y nada tenga de desagradable ni vituperable; ¿qué diremos ante el suplicio reservado para después? Y ¿qué haremos entonces, después de haber experimentado las cosas que ahora como en sombra y figura, y pagando en realidad de verdad el tormento sempiterno, y esto, habiendo tenido en las manos huir en breve tiempo los dichos suplicios y gozar de los bienes que nos estaban preparados? Que también esta es obra de la benignidad de Dios, el que se nos prolonguen los combates hasta largo espacio de tiempo, sino que, habiendo luchado en breve y en un momento y en un abrir y cerrar de ojos (que no es otra cosa la vida presente en comparación de aquella), seamos coronados por siglos infinitos. Y esto precisamente atormentará entonces no como quiera las almas de los condenados, cuando piensen que habiendo podido en estos tan pocos días llevarlo todo a feliz término, por haberlo descuidado, se entregaron a sí mismos a los tormentos inmortales.

Pues para que tal no nos suceda, levantémonos, mientras es tiempo aceptable, mientras es día de salud, mientras es grande la fuerza del arrepentimiento. Porque si fuéremos desidiosos, vendrán sobre nosotros no solamente los males dichos, sino también otros muchos más terribles todavía. Y bien es cierto que hay en el infierno males como los expuestos y aun otros más acerbos; pero todavía la pérdida

de los bienes eternos lleva consigo tan grande tormento, tan grande tribulación y angustia, que aun cuando ningún suplicio hubiese para los que en esta vida pecan, sólo éste por sí mismo bastaría para corroer las almas y perturbarlas con mayor acerbidad que los tormentos del infierno.

XVI

Porque considera, te lo ruego, el estado de aquella vida, en cuanto te es posible considerarlo: que para lo que ella se merece no tenemos palabras que basten; pero, en fin, saquemos una idea oscura por lo que tenemos oído, valiéndonos de ello como de unos enigmas.

Huyó de allí, dice (la Escritura), *el dolor y la tristeza y el gemido* (Isai., XXXV, 10). ¿Qué puede haber, por consiguiente, más feliz que aquella vida? No hay allí temer pobreza y enfermedad; no hay ver nadie que haga injuria ni a nadie que la reciba, a nadie que irrita ni a nadie que sea irritado, a nadie que se afre, a nadie que envidie, a nadie inflamado de apetitos irracionales, a nadie preocupado de la provisión de las cosas necesarias, a nadie afligido por causa de primacías o dignidades: porque toda la tormenta de nuestras pasiones está extinguida, y todo está en reposo, alegría y regocijo, todo es serenidad y calma, todo paz y resplandor y luz; no esta luz de ahora, sino otra tanto más resplandeciente que ésta, cuanto ésta aventaja en brillo a la de una lámpara. Pues no se oculta aquella ni por la noche ni por la aglomeración de las nubes; no queman ni abrasa los cuerpos; porque no hay allí noche ni tarde, no hay frío ni calor, no hay ninguna otra mudanza de manera de ser, sino otro estado de tal naturaleza, que solamente lo sabrán quienes fueron dignos de él; no hay allí vejez, ni los males de ella, sino que está fuera de allí todo lo que sea corrupción, dominando por todas partes la gloria inmortal. Y lo que a todo esto sobrepaja es el gozar siempre del trato de Cristo, con los ángeles, con los arcángeles, con las supremas potestades. Mira ahora el cielo y traspasa con la mente hasta lo que está sobre el cielo, piensa en la transformación de toda la creación: porque no ha de permanecer tal como ahora, sino que será mucho más hermosa y resplandeciente, y cuando va del plomo al oro que despide rayos de luz, tanto será mejor la condición de entonces que la de ahora, según que lo dice el bienaventurado San Pablo: *Porque también la misma creación será liberta-*

da de la servidumbre de la corrupción (Rom., VIII, 21). Porque ahora, claro está, como corruptible que es, está sujeta a muchos males, a que es preciso estén sujetos los cuerpos de tal naturaleza; pero entonces, despojándose de todos ellos, se nos pondrá delante con una hermosura incorruptible: porque como la creación ha de recibir en sí cuerpos incorruptibles, también ella se ha de transformar en más excelente. Ya no habrá entonces sedición ni lucha: porque será grande la concordia del coro de los Santos, siendo todos perpetuamente del mismo sentir. No hay allí temor a Satanás, y ni las asechanzas de los demonios, ni las amenazas del infierno, ni la muerte, no ya ésta de ahora, pero ni aquella otra que es mucho más terrible, antes ya todo temor semejante tiene allí perdida su fuerza.

XVII

Y así como el hijo de un rey, que al principio es educado de una manera sencilla y vulgar y se ve sujeto a temor y amenaza, a fin de que la indulgencia no le haga para poco e indigno de la herencia de su padres, una vez que debe ya ser elevado a la dignidad real, despojándose de repente de todo lo primero, preside con mucha libertad, vestido de púrpura, ceñido de diadema, rodeado de la muchedumbre de los que la hacen guardia, y desechado de su ánimo todo abatimiento y bajeza recibe, en cambio, otras cosas mejores, lo mismo sucederá también entonces a todos los Santos. Y no son vanas palabras lo que digno; vamos, si no, con la mente al monta donde se trasfiguró Jesucristo; veámosle resplandecer como resplandeció; por más que n aun así nos descubrió todo el resplandor del siglo venidero. Ya que lo que allí sucedió no fue sino una atemperación, y no demostración estricta de la realidad, como claramente se ve por las mismas palabras del Evangelista. Porque, ¿qué es lo que dice? *Resplandeció como el sol* (Matth., XVII, 2). Pero la gloria de los cuerpos incorruptibles no despide la luz en la misma medida que aquel cuerpo (del sol), corruptible al fin, ni de tal naturaleza que sea accesible aun a los ojos mortales, sino tal que requiere para su contemplación ojos inmortales e incorruptibles. Mas entonces en el monte tan sólo les descubrió cuanto les era posible ver sin que recibieran daño sus ojos; y ni aun así lo soportaron, sino que cayeron sobre sus rostros.

Díme: si alguno te hubiera conducido a un lugar resplandeciente, donde estuvieran todos sentados ceñidos de vestiduras de oro, y en

medio de la muchedumbre te hubiera señalado a uno que tuviera hechas solamente de piedras preciosas no sólo sus vestiduras, sino también la corona puesta en su cabeza, y después te prometiera haberte de alistar en aquel grupo, ¿no es cierto que harías cualquier cosa, con tal de lograr esta promesa? Abre, pues, también ahora los ojos de tu alma, y mira aquel espectáculo y concurso, no formado por hombres como los dichos, sino por los que son mucho más dignos de estima que las piedras preciosas y que los rayos solares y que todo resplandor visible, y no sólo por hombres, sino por los que son mucho más dignos de aprecio que ellos, por ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades. Que acerca del Rey, ni decir se puede que tal sea: tanto es lo que sobrepaja a toda palabra y pensamiento aquella hermosura, aquella belleza, aquel resplandor, aquella gloria, aquella majestad, aquella magnificencia. ¿Y de tantos bienes, díme, nos hemos de privar por no padecer un poco de tiempo? Porque aun cuando fuera necesario padecer millares de muertes cada día, aunque el infierno mismo, por ver a Cristo venir en su gloria y ser alistados en el número de los Santos, ¿no convendría tolerarlo todo? Oye lo que dice el bienaventurado San Pedro: *Bueno es que nos estemos aquí* (Matth., XVII, 4). Si, pues, él, viendo una oscura imagen de lo venidero, todo lo demás lo desechó de su alma por el placer que en ella experimentó por aquella vista, ¿qué podrá uno decir, cuando se presente la misma verdad de las cosas, cuando, abierto el palacio real, sea dado contemplar al mismo Rey, ya no por enigma ni espejo, sino cara a cara; ya no por fe, sino por vista de ojos?

XVIII

Y todavía ello es así, que muchos, juzgando irracionalmente, se dan por satisfechos con sólo librarse del infierno; mas yo a mi vez afirmo, que es un suplicio mucho más terrible que el infierno el no hallarse en aquella gloria: y aquel que la hubiere perdido, creo que no tanto ha de lamentar los males del infierno, como el haber perdido el reino de los cielos: porque en razón de suplicio, éste sólo es el más terrible de todos.

Ahora muchas veces, cuando vemos al emperador entrar en su palacio real con muchedumbre de guardias, tenemos por afortunados a los que están cerca de él y participan de su conversación y consejo y

de los demás de su gloria; y por innumerables bienes que tengamos, nos juzgamos por miserables y no gozamos de ninguno de ellos, mirando a la gloria de los que le rodean, y eso sabiendo como sabemos que este resplandor es falaz y nada firme, ya por las guerras, ya por las asechanzas, ya por las envidias, ya porque, aun sin nada de esto, él en sí mismo no es digno de estimación alguna. Y cuando se trata del Rey de todas las cosas, del que domina, no ya una parte de la tierra, sino toda su redondez, o mejor dicho, del que la encierra toda en un puño y mide los cielos con un palmo, del que con la palabra de su poder sustenta todas las cosas y el universo entero, para quien todas las naciones son como nada y se reputan como saliva, tratándose, digo, de este Rey, ¿no juzgaremos por el más extremo suplicio el no ser contados en el coro de los que le rodean, sino que nos daremos por contentos con librarnos tan sólo del infierno? ¿Qué puede haber más miserable que un alma así?

Porque este Rey no ha de venir llevado de blancos caballos, ni en carro de oro, ni ceñido de púrpura y diadema, cuando venga a juzgar a la tierra.

Pues, ¿cómo vendrá?— Oye a los Profetas, que con clamores lo dicen, cuanto a los hombres es dado decirlo: *Vendrá Dios manifiestamente; nuestro Dios y no callará; fuego arderá delante de su acatamiento, y alrededor de El tempestad terrible: citará delante de sí al cielo desde arriba y a la tierra para discernir a su pueblo* (Ps. XLIV, 3, 4). Isaías nos pone además delante el suplico mismo, diciendo así: *He aquí que viene el día del Señor, de insalvable furor e ira, para convertir en desierto toda la tierra y perder a los pecadores de ella. Porque las estrellas del cielo y Orión y toda la hermosura del cielo, no darán su luz, y se entenebrececerá el sol en su nacimiento, y la luna no dará su resplandor. Y enviaré a toda la tierra males y a los impíos sus propios pecados, y destruiré la arrogancia de los inicuos, y la arrogancia de los soberbios la humillaré; y serán los que quedaren más apreciados que el oro no acrisolado, y el hombre será más apreciado que la piedra de Sufir. Porque el cielo se agitará y la tierra se conmooverá en sus cimientos por el furor de la ira del Señor de los ejércitos en el día en que sobrevenga su furor* (Isai., XIII, 9, 13). Y de nuevo: *Se abrirán, dice cataratas desde el cielo, y se conmooverán los cimientos de la tierra; con gran turbación se turbará la tierra, con grande movimiento se moverá, con grande apremio se verá apremiada, con grande agitación se agitará, como un ebrio y*

tomado del vino; sentirá sacudidas como choza de un guardacampesino; vendrá a tierra y ya no se podrá levantar; porque pudo con ella la iniquidad. Y cargará Dios su mano en aquel día sobre el ornato del cielo en lo alto, y sobre los reinos de la tierra, y congregaron a los habitantes de ella en una cárcel, y los encerrarán en lugar de resguardo (Isai., XXIV, 19, 22). También Malaquías concuerda con estos vaticinios, cuando dice: *He aquí que viene el Señor omnipotente, y ¿quién aguantará el día de su entrada, o quién subsistirá en su aparición? Porque El avanza como fuego de crisol, o como hierba de bataneros, y sentárase como para acrisolar y purificar el oro y la plata* (Malach., III, 2, 3). Y de nuevo dice: *He aquí que viene el día del Señor, encendido como un horno, y los abrasará, y todos los alienígenas, y todos los que obran las iniquidades será paja, y los inflamará el día que ha de venir, dice el Señor omnipotente, y no quedará de ellos raíz ni sarmiento* (Malach., IV, 1). Y el varón de deseos (Daniel), *contemplaba, dice, hasta que se colocaron los tronos y se sentó el Antiguo en días: y su vestidura era blanca como nieve, y la cabellera de su cabeza como lana pura; su trono llama de fuego, sus ruedas fuego inflamador, un río de fuego se arrastraba avanzando delante de El. Millares de millares le servían, y decenas de millares de docenas de millares asistían delante de El. Sentóse el Juez, y los libros se abrieron.* (Dan., VII, 9, 10). Y en seguida, poco después, dice: *Contemplaba yo en la visión nocturna, y he aquí que entre las nubes del cielo venía uno como Hijo del hombre, y se adelantó hasta el Antiguo en días, y fue ofrecido delante de El; y el fue dado el imperio, y el honor, y el reino, y todos los pueblos, tribus, lenguas le sirven. Su poder es poder sempiterno, que no pasará, y su reino no se menoscabará. Llenóse de terror mi espíritu en mi ser: yo Daniel me turbé, y las visiones de mi cabeza me llenaron de turbación* (Ib., XIII, 15). Entonces se abrirán todas las puertas de las bóvedas del cielo, o mejor, el mismo cielo será quitado de enmedio: porque *el cielo*, dice (la Escritura), *se arrollará como un libro* (Isai., XXXIV, 4): como se muda la piel y el velo de una tienda de campaña para transformarlo en otro mejor. Entonces todo estará lleno de estupor, horror y temblor. Entonces se apoderará de los mismos ángeles grande miedo, y no sólo de los ángeles, sino también de los arcángeles, y tronos, y dominaciones, y principados, y potestades; porque *se conmoverán*, dice (la Escritura), *las virtudes de los cielos* (Matth., XXIV, 29), ya que a sus consiervos se les ha de pedir cuenta de la vida pasada en este mundo.

En efecto: si cuando es juzgada una ciudad, con ser tales como los de esta vida los magistrados, se llenan de horror todos, aun los que están fuera de peligro; cuando sea juzgada toda la tierra por tal Juez, que no necesita ni de testigos ni de alegaciones, sino que sin nada de esto presenta delante de todos las obras y las palabras y los pensamientos, y todo se lo muestra como en un cuadro a los mismos que pecaron y a los demás que no lo sabían, ¿cómo será posible que no tiemble y se agite toda potestad? Porque aun cuando no se arrastrara el río de fuego, aun cuando no asistieran los ángeles formidables a los ojos, sino que solamente los hombres llamados a juicio, unos fueron alabados y admirados, y otros lanzados ignomiosamente para que no viesen la gloria de Dios (porque *sea quitado el impío*, dice la Escritura, *para que no vea la gloria del Señor*), y a esto se redujera el castigo, ¿no atormentaría con más amargura que cualquier infierno las almas de los así apartados la pérdida de tales bienes? En efecto: cuán grave mal sea éste, ahora no lo podemos declarar de palabra; pero entonces lo sabremos claramente por la realidad. Pues a todo esto añade tú ahora el suplicio mismo, y el ir, no solamente avergonzados y cubierta la cabeza y mirando al suelo, sino también arrastrados por el camino que conduce al fuego, y llevados por fuerza a los tormentos mismos, y entregados a aquellas desapiadadas potestades, y todo esto padecerlo en la misma ocasión en que son coronados y proclamados vencedores y presentados en el trono real todos los que hicieron el bien y obras dignas de la vida eterna.

XIX

Y todo esto por lo que hace a aquel día; pero, ¿qué discurso podrá manifestar lo que de allí en adelante ha de suceder, el deleite, la utilidad, el júbilo de vivir juntamente con Cristo? Porque el alma restaurada a su propia nobleza y capaz de ver ya con libertad a su propio Señor, no se puede decir que goce experimenta, ni qué utilidad percibe, no sólo por gozar de los bienes que tiene ya en sus manos, sino también por estar además persuadida que esta felicidad no se acabará jamás. Así es que ni se puede con palabras declarar, ni con el entendimiento comprender aquella alegría; pero me esforzaré, con todo, en hacerla ver, aunque sea obscuramente y de la manera que por las cosas pequeñas se pueden dar a conocer las grandes.

Examinemos al efecto a los que en la presente vida gozan de los bienes del mundo, a saber, riquezas, poder y honra: cómo, ensorbecidos por la buena fortuna, ni siquiera se creen vivir sobre la tierra, y esto gozando de tales bienes que ni se creen bienes ni les duran, sino que se les huyen más velozmente que un sueño, y si alguna vez llegan a permanecer un poco, dan placer solamente en la presente vida, pero no pueden acompañarles más allá. Pues si estas cosas causan en los que las poseen tanta alegría, ¿qué juzgas que ha de suceder a aquellas almas que son llamadas a los bienes infinitos del cielo, que permanecen adheridos y firmes por siempre jamás? Y no es esto sólo, sino que aun en cantidad y calidad se aventajan tanto a los presentes, que ni siquiera cupieron jamás en corazón de hombre. Porque lo cierto es que ahora, a semejanza de un niño que vive en el seno materno, vivimos apretados en este mundo, y no podremos comprender el resplandor y la libertad de la vida venidera; pero cuando sobrevenga el tiempo del parto, y el siglo presente saque a luz en el día del juicio a todos los hombres que concibió, los hijos abortivos irán de unas tinieblas a otras tinieblas y de una tribulación a otra tribulación más terrible; pero los hijos bien formados, y que conservaron los caracteres de la imagen real, serán presentados ante el Rey, y recibirán en pago aquel ministerio que los ángeles y arcángeles cumplen en obsequio del Dios de todas las criaturas.

XX

No destruyas, pues, por completo, amigo mío, estos caracteres, antes, recobrándolos prontamente, fórmalos con más perfección. Porque bien es cierto que la belleza corporal nos la encerró Dios dentro de los límites de la naturaleza; pero la hermosura del alma está libre de la necesidad y servidumbre del cuerpo, como que es mucho más excelente que la hermosura corporal, y toda depende de nosotros y de la voluntad de Dios. Pues como amoroso de los hombres que es el Señor nuestro, honró a nuestro linaje muy singularmente, haciendo que las cosas menores y que son de poca importancia para nosotros, e indiferentes de cualquier modo que sean, estén sujetas a la necesidad de la naturaleza, y, al contrario, de las que son verdaderamente bienes, seamos nosotros mismos los hacedores. Ciertamente, si también nos hubiera hecho dueños de la hermosura corporal, nos hubiéramos

preocupado, por una parte, con superflua solicitud, y hubiéramos, por otra, perdido, todo el tiempo en cosas de ningún provecho, y descuidado lastimosamente el alma. Si ahora, no teniendo esta facultad, todo lo revolvemos y forzamos, y nos entregamos a falsificar la hermosura, y ya que no la tengamos verdadera, la aparentamos con coloretos y afeites, y la compostura del cabello, y los pliegues de las vestiduras, y la tintura de los ojos, y mil otros artificios, ¿qué cuidado emplearíamos en el alma y los negocios graves, si pudiéramos transformar el cuerpo, dándole la verdadera hermosura? Quizá ni siquiera tendríamos otra ocupación, si esto estuviera en nuestro arbitrio, sino que consumiríamos todo el tiempo hermozeando a la sierva con infinitos adornos, y dejando a la señora ³ yacer peor que una esclava en fealdad y dejadez. Por esta razón, habiéndonos librado Dios de este mal cuidado, nos dio el arte de una cosa mejor, de suerte que quien no puede hacer el cuerpo de feo hermoso, pueda elevar el alma hasta el mismo límite de la hermosura, por más que hubiere caído hasta el extremo de la fealdad, y hacerla tan amable y deseable, que no solamente lleguen a codiciarla los hombres buenos, sino aun el mismo Rey y Dios de todas las cosas, como, hablando de este hermosura, lo decía el salmista: *Y codiciará el Rey tu hermosura* (Ps., XLIV, 12). ¿No ves cómo, aun en las casas públicas, a las mujeres deformes e impudentes no se allegaría sino apenas los gladiadores, los fugitivos y hechos a luchar con fieras, y en tanto, si alguna fuera agraciada, bien nacida y vergonzosa, que por algún cambio de fortuna hubiera venido a tal necesidad, no se avergonzarían de tomarla por esposa aun los hombres más grandes e ilustres? Pues si entre los hombres hay tanta misericordia y tanto desprecio de la gloria, que a las que muchas veces fueron afrentadas en las casas públicas las libran de tal servidumbre y las tienen por mujeres, mucho más tendrá esto lugar entre Dios y las almas que cayeron de su soberana nobleza a la casa de perdición de la presente vida. Y de tales ejemplos hallarás llenos los Profetas, cuando hablan con Jerusalén; porque habiendo ella caído en fornicación, y nuevo género de fornicación, como lo dice Ezequiel: *A todas las meretrices se da paga, pero tú dabas paga tú misma, y sucedía en ti lo contrario que en las demás* (Ezech., XVI, 33); y otro Profeta a su vez: *Te sentaste, esperándolos como corneja solitaria* (Jerem., III, 2); habiendo, pues, ella fornicado de esta manera, de nuevo la llama Dios hacia sí. Porque el cautiverio que el sobrevino, no tanto fue para venganza, cuanto para reducción y corrección, dado que si Dios hubiera querido

vengarse de ellos por completo, no los hubiera reducido de nuevo a su patria, no les hubiera levantado ni la ciudad ni el templo, de más amplitud y esplendor que antes. *Porque será, dice la gloria posterior de esta casa mayor que la pasada* (Ag., II, 10). Ahora bien, si a la que muchas fornicó no excluyó Dios de la penitencia, con más razón recibirá a tu alma, que ahora cayó por primera vez. Porque no hay, no hay ningún amor de la hermosura alguna corporal, por desatinado que ande, que esté tan inflamado en el amor de la persona amada, como desea Dios la salvación de nuestras almas. Y esto puede verse, bien sea por lo que cada día acontece, bien sea por las Sagradas Escrituras. Mira, en efecto, cómo al principio de Jeremías y en muchas partes de los Profetas, despreciado y desatendido, busca todavía y persigue la amistad de los que le desecharon; lo cual declaraba El mismo en los Evangelios, diciendo: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas y apedreas a los envidiosos a ti! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina sus polluelos bajo sus alas y no lo quisisteis!* (Matth., XXIII, 37). Y San Pablo, escribiendo a los corintios, decía: *Porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo, no imputándose a ellos sus pecados, y poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como exhortándonos Dios por medio de nosotros: suplicamos por Cristo, reconciliaos con Dios* (2 Cor., V, 19, 20). Hazte ahora cuenta que esto se nos dice también a nosotros. Porque no sólo la incredulidad, sino también la vida impura es suficiente para producir esta aborrecible enemistad. *Porque la sabiduría de la carne, dice (la Escritura), es enemistad contra Dios* (Rom., VIII, 7). Destruyamos, pues, este valladar y quitémosle de en medio, y démosle muerte, para que alcancemos tan feliz reconciliación, para que de nuevo nos hagamos amables y deseables a Dios.

XXI

Ya se que admiras ahora la hermosura de Hermiona, y nada crees sobre la tierra comparable con aquella belleza; pero si quieres, amigo mío, serás tanto más agraciado y hermoso que ella, cuanto a las estatuas de barro se aventajan las de oro. Porque si la hermosura que se halla en el cuerpo tanto llena de admiración y arrebatada las almas de los hombres, cuando esa hermosura resplandezca en el alma, ¿qué

habrá comparable con cosa tan hermosa y apacible? Porque al cabo, esta hermosura no consiste en otra cosa sino en flema, sangre, humor, bilis y el jugo del alimento. Este es como el riego que da vida a los ojos, a las mejillas y a todo lo demás; y si no reciben cada día este riego que sube del estómago y del hígado, marchítase feamente la piel, húndese los ojos y desaparece al momento toda la hermosura del rostro: de suerte que, si consideras que es lo que hay dentro de los ojos hermosos, de la nariz bien proporcionada, de la boca y de las mejillas, dirás que no es otra cosa la hermosura del cuerpo sino un sepulcro blanqueado: tanta es la suciedad de que está lleno el interior. Ahora bien, si ves un jirón que tenga alguna cosa de esas, como flema o saliva, no toleras ni aun el tocarlo con la punta de los dedos y ni aun siquiera el verlo; y, sin embargo, ¿contemplas con admiración los que son depósitos y almacenes de eso mismo? Pero muy lejos estaba de ser como esa tu hermosura, sino tanto mejor y más resplandeciente, cuanto a la tierra se aventaja el cielo, y aun mucho más todavía. Porque el alma en sí misma y desnuda de cuerpo, nadie la vio jamás; pero, a pesar de todo, haré lo posible por hacerte ver su hermosura, indirectamente, valiéndome de las potestades superiores. Oye, en efecto, como la hermosura que ellas tiene llenó de pasmo al varón de deseos; porque queriendo dar a entender su belleza y no pudiendo hallar cuerpo alguno semejante, acudió a la naturaleza de los metales, y ni aun con esto se dio por satisfecho, sino que adujo para ejemplo el resplandor del relámpago. Y si no habiendo manifestado los ángeles su naturaleza puramente y tal como es, sino con mucha obscuridad y envuelta en sombras, todavía resplandecieron en tanto grado, ¿cuáles aparecerán cuando se descubran sin velo alguno? Algo parecido es necesario imaginarse también la hermosura del alma. Porque *será*, dice (la Escritura) *como los ángeles* (Luc., XX, 36). También entre los cuerpos, los que son más leves y tenues y van por el camino que lleva a lo incorpóreo, son mucho mejores y más admirables que los demás. Así el cielo vence en hermosura a la tierra, el fuego al agua, las estrellas a las piedras preciosas; y el arco iris nos admira mucho más que las violetas y rosas y todas las demás flores de la tierra. Y, para decirlo de una vez, si fuera dado ver con los ojos corporales la hermosura del alma, te reirías de todos estos ejemplos de cosas corpóreas, que tan débilmente nos representan su belleza.

No descuidemos, pues, tal tesoro y felicidad como ésta, y sobre todo, siéndonos tan fácil el volver a aquella hermosura por la esperanza de los bienes venideros. *Porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulación, dice (San Pablo), obra un peso eterno de gloria sobre toda medida y ponderación, no atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven; porque las que se ven son temporales, pero las que no se ven, eternas (2 Cor., IV, 17).* Y si a las tribulaciones que tú sabe llamó San Pablo leves y llevaderas, por no atender a las cosas que se ven, mucho más llevadero será el desistir de la liviandad. Porque aun no te llamamos a aquellos peligros, ni a aquellas muertes de cada día, ni a las heridas continuas, ni a los azotes, ni a las cadenas, ni a la enemistad con el mundo, ni al odio de parte de los domésticos, ni a las vigiliias continuadas, ni a los largos caminos, ni a los naufragios, ni a los asaltos de los ladrones, ni a las asechanzas de los allegados, ni a las angustias por los amigos, ni al hambre, ni al frío, ni a la desnudez, ni a los ardores del sol, ni a la tristeza, sea por tus cosas, sea por las ajenas. Nada de esto te exigimos todavía, sino solamente te suplicamos una cosa: que te libres de esa maldita esclavitud y vuelvas a tu primera libertad, considerando el castigo que a la liviandad se sigue y el honor de la pasada vida. Porque eso de que los que no creen en la Resurrección se sientan perezosos y nunca lleguen a cobrar temor, nada tiene de extraño; pero que nosotros, que estamos persuadidos de lo futuro más que de lo presente, vivamos de una manera tan calamitosa y miserable, y no nos impresionemos nada por la memoria de la otra vida, sino que vengamos a dar en la más completa insensibilidad, es irracional sobremanera. Puesto que si nosotros los fieles obramos como los infieles y todavía vivimos más miserablemente que ellos (ya que no faltan entre ellos quienes resplandecieron con virtud natural), ¿qué consuelo habrá para nosotros? ¿qué perdón? Muchos comerciantes, a pesar de haber naufragado, todavía no decayeron de ánimo, antes insistieron en su mismo empeño; y esto, con haberles sucedido el daño, no por propia negligencia, sino por la violencia incontrastable de los vientos; y nosotros, que podemos confiar del término y estamos seguro de que, si no queremos nosotros, no nos ha de suceder ni naufragio ni daño alguno, ¿no volveremos de nuevo al mismo empeño y comerciaremos lo mismo que al principio, sino que yaceremos en la inacción y estare-

mos cruzados de brazos? ¡Y ojalá estemos cruzados de brazos y no trabajando contra nosotros, que es la más insigüe locura! Porque si un púgil, dejando a su contrario, volviera las manos contra su propia cabeza y se golpeará el rostro, ¿no le tendríamos por furioso? Nos armó el demonio una zancadilla y nos derribó; es, pues, necesario levantarnos y no dejarnos arrastrar de nuevo, ni echarnos al precipicio, ni añadir a sus golpes los nuestros. También el Santo David tuvo una caída como la tuya ahora; y no solo aquella, sino otra además, la del homicidio. ¿Y qué? ¿Permaneció caído? ¿No se levantó al momento con fuerza y se aprestó a hacer frente al enemigo? Así fue, y tan esforzadamente le derrotó, que aun después de muerto protegió a sus descendientes. Porque a Salomón, que cometió una iniquidad tan grande y se hizo digno de mil muertes, dijo Dios que en gracia de David le dejaba el reino entero, por estas palabras: *Rasgando rasgaré tu reino de tu mano y se lo daré a tu siervo. Con todo, no lo haré en tus días* (3 Reg., XI, 11). ¿Por qué? *Por David tu padre: de la mano de tu hijo lo tomaré*. Y también a Ezequías, que iba ya a verse en el último riesgo, por más que él era justo, le prometió a su vez auxiliárle por el mismo Santo David. *Escudaré, dice, a ésta ciudad para salvarla, por mí y por David mi siervo* (4 Reg., XIX, 34). ¡Tanto es el poder de la penitencia! Ahora bien; si David hubiera pensado en la manera que tú ahora, que era imposible ya aplacar a Dios, y hubiera dicho para consigo: “Dios me honró con grande honor, púsome con el número de los Profetas, dióme el mando sobre los de mi tribu, arrancóme de innumerables peligros, ¿cómo, pues, habiéndole ofendido después de tantos beneficios, y cometido los mayores crímenes, podrá de nuevo volverle propicio?”— si así hubiera pensado, no sólo no hubiera hecho lo que después hizo, sino que hubiera echado a perder lo de antes.

XXIII

Porque no solamente las heridas corporales engendran la muerte cuando se las descuida, sino también las del alma: y, sin embargo, a tanta demencia hemos llegado, que de las primeras nos preocupamos mucho, y éstas, en cambio, las despreciamos: y así aunque muchas veces ocurran en el cuerpo muchas enfermedades incurables, no por eso desesperamos; antes, aun cuando continuamente oigamos a los

médicos decir que es imposible desarraigar con medicinas tal enfermedad, con todo, insistimos, exhortando a que, por lo menos, procuren algún poco de alivio; pero tratándose de las almas, en las que no hay enfermedades algunas incurables –pues no proceden de la necesidad de la naturaleza–, ya en este punto las descuidamos, como si las enfermedades fueran ajenas, y perdemos la esperanza. De suerte que allí donde la naturaleza de las enfermedades nos incita a desconfiar, ponemos gran cuidado, como si hubiera muchas esperanzas de salud; y donde nada hay de que debemos desconfiar, lo dejamos todo a un lado y lo descuidamos como en cosa desesperada: tanto es mayor la cuenta que hacemos del cuerpo que la del alma. Y precisamente por este motivo tampoco podemos salvar el cuerpo. Porque quien descuida lo principal, y pone todo su empeño en lo de menos importancia, ambas cosas pierde y destruye; pero quien guarda el orden, y salva y cuida ante todo lo más importante, aunque descuide lo de segundo orden, lo viene a salvar, salvando lo más principal. Y esto era lo que nos declaraba Cristo, cuando decía: *No queráis temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede destruir cuerpo y alma en el infierno* (Matth., X, 20). ¿Te logramos ya persuadir que nunca se debe desconfiar de las enfermedades del alma como de incurables, o será necesario traer todavía nuevos argumentos? Pues aun cuando desconfíes de ti infinitas veces, nosotros nunca desconfiaremos de ti ni incurriremos en lo que en otros reprendemos: por más que no sea lo mismo el que uno desespere de sí mismo, o el que otro desespere de él. Porque el que así piense de otro, fácilmente puede obtener perdón; pero no así el que desespere de sí mismo. ¿por qué razón? Porque no es el dueño de la diligencia y arrepentimiento del otro, mientras que el suyo está sólo en su poder. Y, sin embargo, ni aun así desconfiaremos de ti, por más que tú lo hagas mil veces: porque quizá, quizá entrarás de nuevo por el camino de la virtud, y te convertirás a tu primera vida.

XXIV

Oye también lo que voy a decir: Los ninivitas, habiendo oído al Profeta que con vehemencia y terminantemente les amenazaba: *Tres días faltan aún, y Nínive será destruida* (Jon., III, 4): ni aun así decayeron de ánimo, sino que aun sin esperanzas de aplacar a Dios, y

aun teniendo indicios de lo contrario por el vaticino –porque no había distinción alguna en sus palabras, sino que era una sentencia decisiva–, aun con todo eso, hicieron penitencia, diciendo: *¿Quién sabe si se arrepentirá y se aplacará Dios, y desistirá del furor de su ira y no pereceremos? Y vio Dios sus obras, que se volvieron atrás de sus malos caminos, y se arrepintió Dios del mal que había amenazado hacerles, y no lo hizo* (Ibid., IX, 10). Pues si unos hombres bárbaros e indoctos llegaron a comprender esto, muchos más conviene que lo hagamos así nosotros, como hombres instruidos en los divinos dogmas, y que hemos visto gran muchedumbre de ejemplos semejantes en palabras y obras. *Porque no son mis consejos, dice (Dios), como vuestros consejos, ni mis caminos son como vuestros caminos; sino que cuando dista de la tierra el cielo, tanto mis pensamientos distan de vuestros pensamientos, y mis consejos de vuestros consejos* (Isai., LV, 8, 9). Y si nosotros a nuestros criados, si prometen mejor de conducta, los recibimos y los volvemos a su primer honor, y aun muchas veces les damos mayores muestras de confianza, ¿cuánto más lo hará Dios? Si nos hubiera criado para castigarnos, con razón desconfiarías y dudarías de la salvación; pero si por ninguna otra causa nos crió sino por sola su bondad y para que gocemos de los bienes eternos, y todo lo hace y endereza a este fin desde el primer día y siempre, ¿qué puede haber que nos haga vacilar? ¿Que le irritamos gravemente y como ningún otro hombre? Precisamente por eso debemos apartarnos más de lo presente y arrepentirnos de lo antes cometido, y hacer una mudanza completa. No tanto podrán irritar a Dios los pecados que ya una vez hubiéremos cometido, como el no querernos convertir. Que al fin, el pecar es de hombres, pero el persistir en el pecado, eso no es ya de hombres, sino todo satánico. Mira, en efecto, cómo aun por medio del Profeta reprende Dios más lo segundo que lo primero. *Y dije, después de ella cometió todas estas fornicaciones. Vuélvete a Mí, y no se volvió* (Jer., III, 7). Y en otra parte, además, queriendo dar a entender la gran propensión que tiene a salvarnos, ya que después de muchas iniquidades prometieron andar por el camino recto, habiéndolos oído, dice: *¿Quién me dará que sus corazones se hayan de manera que me teman, y guarden todos mis mandamientos en sus días, para que les vaya bien a ellos y a sus hijos para siempre?* (Deut., V, 29). Y Moisés hablando con ellos, decía: *Y ahora, os Israel, ¿qué pide de ti el Señor Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y le ames?* (Deut., X, 12). Ahora bien,

quien ansía ser amado por nosotros, y todo lo hace por este fin, y por nuestro amor ni siquiera perdonó a su Unigénito, y tiene por cosa muy deseable que nos reconciliemos con El, ¿cómo no nos ha de recibir y abrazar, si nos arrepentimos? Oye, a este propósito, qué dice por el Profeta: *Di tú el primero tus iniquidades para que seas justificado* (Isai., XLIII, 26). Y aun esto nos lo pide para que sea grande el amor que le cobremos. Porque cuando el amante, recibidos muchos ultrajes de aquellos a quienes ama, ni aun con esto extingue su amor, sin duda, no por otra causa quiere que se le pongan delante aquellos ultrajes sino para que, habiendo hecho ver la firmeza de su amor, los incite a un amor más grande y más intenso. Y si el confesar los pecados trae tanto consuelo, mucho más lo traerá el borrarles con obras. Ya que, si así no fuera, sino que a cuantos una vez se extraviaron del camino recto les impidiera volver otra vez al mismo, ninguno apenas, a no ser unos pocos y muy contados, entraría nunca en el reino de los cielos, pero ahora, en cambio, veremos que los que más resplandecen son precisamente los que dieron estas caídas. Los que en el mal hicieron muestra de gran vehemencia, la harán también a su vez en el bien, teniendo conciencia de cuán grandes deudas tomaron sobre sí; y es exactamente lo que dio a entender Cristo cuando hablaba a Simón acerca de aquella mujer, diciendo: *¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa, no me has dado agua para los pies, y esta mujer me los ha lavado con lágrimas, y me los ha enjugado con sus cabellos. No me has dado beso de paz, y ésta, desde que he entrado, no ha cesado de besar mis pies. No has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha ungido con unguento mis pies. Por lo cual te afirmo: le son perdonados sus pecados, muchos en número, porque ha amado mucho. Y a quien poco se perdona, poco ama. Y a ella dijo: "Perdonados te son los pecados"* (Luc., VII, 44, 48).

Por esta razón el demonio, como quien sabe bien que los que han cometido grandes pecados, cuando comienzan a arrepentirse lo hacen con mucha intensidad, como quienes conocen sus delitos, teme y tiembla no sean que den comienzo a la obra: porque una vez de comenzarla, ya no se pueden contener, e inflamados a manera de fuego por el arrepentimiento, vuelven sus almas más puras que el oro acrisolado, empujados al puerto de la virtud, cual por un viento impetuoso, por la conciencia y recuerdo de sus pasadas culpas. Y en esto se aventajan a los que jamás cayeron, en que tienen más animosa resolución, aunque solamente, como he dicho, hayan comenzado. Esto

es lo difícil y lo improbable, el poderse llegar a la entrada y vestíbulo de la penitencia, y lanzar a empujones y arrojar de allí al enemigo que fanfarronea y nos amenaza. Pero, esto hecho, ni él dará muestras de tanta insolencia, una vez derrotado y caído de allí donde se hacía fuerte, y, por otra parte, nosotros cobraremos más ánimos y recorreremos con gran facilidad este glorioso campo de combate.

XXV

Emprendamos, pues, ya la vuelta, corramos a la ciudad que está en los cielos, en la que estamos alistados, en la que se nos manda vivir. Que el desconfiar de nosotros mismos, no sólo nos acarrea el perjuicio de cerrarnos las puertas de aquella ciudad y de inducirnos a mayor dejadez y completo abandono, sino también el de infundirnos un furor satánico. Puesto que el mismo Satanás no por otro camino llegó a ser lo que es, sino por haber primeramente desesperado, y después caído de la desesperación en furor. Porque el espíritu, una vez que desconfía de su salvación, ya en adelante ni se da cuenta de los precipicios a que se arroja, resolviéndose a decir y hacer todo lo que sea contra su salvación. Y así como los locos furiosos, una vez perdido el estado de sanidad, de nada temen, de nada se avergüenzan, sino que intrépidos a todos se arrojan, aunque hayan de lanzarse a fuego, al mar, a un precipicio; así también los arrebatados de la locura de la desesperación son ya intolerables, corriendo por toda clase de maldad, y si no les sobreviene la muerte y les corta aquellas locura y arrebatos, se causan a sí mismos infinitos males.

Ruégote, por lo tanto, que antes de que te veas muy sumergido en esta embriaguez, vuelvas en tu acuerdo y despiertes, y arrojes de ti esa crápula satánica, y si no puedes de repente, a lo menos, con suavidad y poco a poco. A mí me parece cosa más fácil el que rompas de golpe todas las ataduras que te detienen, y vuelvas al ejercicio y escuela de la penitencia. Y si a ti te parece esto difícil, emprende como quieras el camino que lleva a la virtud, con tal que lo emprendas y logres la vida eterna. Sí, te lo ruego, y te lo suplico intensamente, por tu buena conducta pasada, por tu antigua confianza; que te vemos otra vez en la cumbre y en aquella misma perseverancia. Ten compasión de los que se escandalizan por tí, de los que caen, de los que se hacen más desidiosos, de los que se desalientan para el camino

de la virtud. Ahora siente sombría tristeza el coro de los hermanos que allí moran, y, en cambio, alegría y regocijo los concursos de los infieles y de los jóvenes más disipados. Pero si de nuevo volvieres al fervor de aquella vida, sucederá todo lo contrario, y nuestra vergüenza de ahora se pasará a toda a aquellos, mientras que nosotros viviremos en mucha confianza, viéndote a ti de nuevo con grande gloria coronado y pregonado vencedor. Porque mayores son la gloria y el placer que estas victorias producen. Pues no sólo recibirás el galardón de tus propias buenas obras, sino también el de la exhortación y consuelo que das a los otros, puesto delante de ellos, si acaso cayere alguien en los mismos pecados, como ejemplar excelente, para que de nuevo se levanten y repongan. No desprecies tanta ganancia, no conduzcas con tristeza al sepulcro nuestras vidas, antes danos que podamos respirar y lanzar de nosotros la niebla de tristeza que por tu causa nos agobia. Porque ahora, dejando a un lado nuestros males, lamentamos los tuyos; pero si quieres volver en ti y abrir los ojos, y ser contado en el ejército de los ángeles, nos librárá de estos lamentos y quitarás la mayor parte de nuestros pecados. Y que sea posible que los que vuelven de nuevo por medio de la penitencia brillen con mucho resplandor y muchas veces más que los que no cayeron nunca, ya lo hemos demostrado, aun por la Sagrada Escritura. Así es, en efecto, cómo los publicanos y las pecadoras heredan el reino de los cielos; así es cómo muchos de los últimos son colocados entre los primeros.

XXVI

Pero voy a contarte también sucesos de nuestro tiempo, y de los que tu mismo podrás ser testigo. Conociste quizá a aquel joven Fénix, hijo de Urbano, que quedó huérfano desde niño, pero dueño de muchas riquezas, esclavos y campos. Este, habiéndose despedido de las aulas y museos, y despojándose de aquella su espléndida vestidura y de todo el fausto mundano, de repente, vistiéndose una ropa despreciable y habiéndose retirado a la soledad de los montes, dio muestras de grande virtud, no sólo conforme a su edad, sino como las pudiera dar un hombre grande y admirable. Después de esto, tenido por digno de ser iniciado en los sagrados misterios, adelantó mucha más en la virtud. Todos se alegraban y glorificaban a Dios, porque, educado en la opulencia y descendiendo de ilustres antepasados, siendo todavía muy joven, de repente, pisoteó toda la vana pompa de la vida y se